



Quino y EL SIGLO. El autor de Mafalda, con EL SIGLO en sus manos, juega con Quino.

“MAFALDA Y YO ESTAMOS CON LOS DEBILES

Agustín López

PERFIL

Se podría creer que Quino —Joaquín Lavados, 58 años, argentino—, el padre de Mafalda, es un hombre desbordante de humor y puerrencias graciosas. No es así. Cumple con las características de todos los buenos humoristas: es serio y las carcajadas no le brotan con facilidad.

A cambio, es un hombre modesto, amable, sorprendido de que los periodistas le quieran entrevistar porque asegura que no tiene mucho que decir, que Mafalda ya marcha por su cuenta y que hace años por él su control.

“Ustedes no quieren entrevistarme a mí sino a Mafalda”, dice. “La chica se quedó en Buenos Aires y lemo que me tome mi descanso por los bobalaches que heya dicho en Santiago”.

De todos modos accede a conversar con “un quincenario tan respetable”.

Vino a Chile como jurado del concurso de villas e historias de los derechos del hombre y el ciudadano organizado por el Instituto Francés de Cultura y autotitulado por el diario LA EPÓCA y las revistas ANALISIS y APSI. Escribe sátiras y apenas si pudo asomarse al paseo Ahumada, al centro San Cristóbal y a los alrededores de Santiago. No fue su primera visita, pero se cuela de su recordada agenda.

Mafalda y la Verdad

—Lamento la prisa porque Santiago es una ciudad bulente y a

menudo bella de la que puede sólo decir pavadas de turista. Pero no olean que no he advertido los efectos del modelo de “libre empresa”: dos mundos abismales: el de los ricos más ricos que antes y de los pobres más pobres que nunca.

La pregunta de cajón no es esta:

—¿Cómo nació Mafalda?

—Casi no sé cómo fue. Soy un dibujante casi biológico. Me gustaban las historietas y decidí hacer una propia. Siempre me ha fascinado la sabiduría de los niños. Dicen la verdad y tiene un poder de síntesis y una fantasía que se pierden en la edad adulta con el avance de los convencimientos y del conformismo. Mafalda no es más aguda que cualquier niño de su edad de la clase social a la que pertenece.

—Pero la coherencia fue un suceso...
—No son cosas. Son rotadas a los niños y trasladadas a la actualidad de Argentina y el mundo. Los niños están menos alienados que los adultos y no le tienen pánico al poder político o al dinero. Su ingenuidad es un espejo de la verdad que no siempre es oportuna en un mundo de mentiras.

Quino se impacienta un poco ante el hecho de que la entrevista pudiera girar alrededor de Mafalda, y queda desahogado diez años ya no es dueño de ella.

—En una hija que contrajo matrimonio y que hace vida independiente en otra parte. No debo maliciar en sus asuntos. Ella misma puede reprochármele. Le temo. Yo soy un adulto demasiado serio tal vez por la falta de la imaginación

y de la inocencia”.

—No obstante —le recordamos todavía—, Mafalda tuvo dificultades con la dictadura militar argentina.

—Tuvimos dificultades todos los que se atrevían a decir la verdad. Los dictadores milicianos son antagónicos a toda verdad. Si alguien se atreve a decir las cosas es candidato a las cámaras de tortura, los picos de sierras, el cementerio o el exilio. Vivimos esa terrible experiencia en Argentina durante ocho años. Los periodistas, los escritores, los dirigentes políticos, los hombres dignos y valientes, estaban ordenados a ser sacrificados por los medios más criminales. Lo indignante ahora es el perdón y el olvido.

La Biblia en broma

—Tal vez por eso vino a Chile a ser jurado de un concurso sobre los derechos del hombre...

—Defender los derechos humanos y a los débiles de los abusos de los poderosos es un deber ético fundamental. No entiendo que no piensen lo mismo muchos artistas. El silencio es cómplice. No podría vivir tranquilo si no aporrea algo a los que se empeñan en restar la dignidad humana y las formas civilizadas de convivencia. No es ninguna hazaña. Es un deber, una necesidad moral, un ejercicio cultural.

—Se supone que usted dibuja con facilidad, que basta un lápiz para que aparezcan sus fi-

guras.

—Envío a los que hacen brotar en unos instantes un buen dibujo. Debo desilusionar a los que creen en el milagro. Soy serio, detallista, perfeccionista. No me resulta todo lo que imagino. En la cabeza tengo imágenes fantásticas. Pero no logro concretarlas. No le gustaría a la damisela gente, pensarían que estoy loco o que ingreso al mundo de los exóticos y los formalistas que no es el mío. Me gustaría, por ejemplo, dibujar entera la Biblia en broma. Creo que es el más sabroso libro que se haya escrito jamás. No sé si a los religiosos les parecería inofensivo. De lo que estoy seguro es que sería una buena interpretación. El humor es lo más profundo que los imagineros o el lenguaje han creado como forma de comunicación, de crítica de la simple impresión de la vida. Lo serio es la rutina, el acomodamiento, la pesadez de los que en definitiva entienden a medias las cosas.

—Usted es un permanente creador de personajes. ¿Se parecen ellos a usted mismo?

—Creo, que sí. Hasta en los más ridículos me represento a mí mismo. Pero también en ellos está la gente que me rodea: los personajes cómicos, serios, buenos y malos que uno encuentra en la apasionante serie de la vida.

El cine y el realismo

—¿Le gusta el cine?

—Soy un apasionado del cine. Creo que es el arte más perfecto de todos y me gustan hasta las

películas malas. A menudo no me importan las historias que se cuentan. Sigo embobado por las escenas, los giros de la cámara, el ritmo con que transcurre la acción. Los grandes directores —Fellini, Godard, Hitchcock, Pasolini, Visconti— no cuentan historias buenas; creo que no les importan los argumentos, sino la atmósfera, las sensaciones superiores, el marco de densidad o los espejos o los objetos. Yo trato de ver la película subjetiva que ellos realizan que es más apasionante que la historia de romances, de crímenes o de fútbol que se cuenta para el público. Ningún otro arte me ha servido tanto para mi trabajo como el cine.

—¿Es usted un realista?

—Todo arte es realista. No se ha descubierto el polvo de estrellas para crear pintura, música o literatura. No obstante, la realidad no es sólo lo que miramos con los ojos de la cara. Eso es sólo su apariencia. Basta colocarse cabeza abajo para que la visión de la realidad sea otra. A menudo los acontecimientos más importantes son atraídos o sustraídos. Eso es por decirlo que no hay recetas para ser realistas y que es una desgracia de ella la intervención de los funcionarios, que por lo demás están en retirada en los países en los que tienen importancia.

—¿Es también usted un realista-político?

—Vivo en Argentina, en América Latina, en el mundo pobre, dependiente y subdesarrollado. Los grandes consorcios internacionales se hacen la América con nuestros recursos e invierten diez para ganar mil. En el último tiempo han creado sociedades a su medida y los rotulan como “sociedades libres”. Las desigualdades perverosas están a la vista y hay millones de personas —la mayoría— que no están libres de la corrupción, de la pobreza, del hambre, de la falta de vivienda, de las condiciones de la libertad que si en cambio tienen en abundancia a minoría rica. Eso es real y político. Yo estoy con los débiles y con sus ansias de libertad. También Mafalda lo ha entendido siempre así.

AUTORÍA

Autor secundario:López, Agustín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mafalda y yo estamos con los débiles [artículo] Agustín López. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile